

Fruto de la colaboración entre el Gobierno español
y el Smithsonian Institute

WASHINGTON RECONOCE EL LEGADO ESPAÑOL EN LA HISTORIA DE EE UU

La exposición "Legado: España y los Estados Unidos en la era de la Independencia, 1763-1848" recuerda el importante papel de España en la independencia de las colonias británicas de América a finales del siglo XVIII.

Por Eloy Parra (Washington)

Legamos a la segunda planta de la National Portrait Gallery de Washington y caminamos por uno de sus pasillos. Al final de éste, dentro de un marco dorado, nos recibe Carlos IV de España, con pose plácida y cara de bonachón. Su presencia y su gesto apacible hacen que nos sintamos bienvenidos. Casi se puede sentir el calor humano que desprende su retrato, que parece querer hablarnos. Por algo es de Goya. Estamos agradecidos al monarca, pero sabemos que hemos entrado por la puerta de salida. A quien buscamos para poder empezar la exposición en orden cronológico es a su padre, Carlos III, pionero en la ayuda que España proporcionó a las colonias británicas en América, allá por 1776, para independizarse de la madre patria.

La muestra reúne hasta 75 retratos, mapas y documentos originales

La muestra, que reúne hasta 75 retratos, mapas y documentos originales —llegados de museos y colecciones de España, México, Perú y Estados Unidos— reflejan el papel de España y México en la Guerra de Independencia Americana y los primeros pasos de los Estados Unidos como nación independiente de Gran Bretaña. El recorrido comienza en 1763 —cuando se firmó el Tratado de París y España controlaba aproximadamente la mitad de lo que es hoy Estados

Unidos— y continúa hasta 1848, momento del Tratado de Guadalupe Hidalgo, que puso fin a la Guerra entre México y Estados Unidos.

La exposición, que ilustra la influencia social, cultural y política de la cultura hispana hasta 1848, permanecerá abierta hasta el 10 de febrero y coincide parcialmente con la celebración del mes de la herencia hispánica, que Estados Unidos recuerda del 15 de septiembre al 15 de octubre.

En nuestra búsqueda de Carlos III por las salas de la exposición nos encontramos con retratos de grandes protagonistas de la época.

Un cuadro de Charles Willson Peale nos muestra a George Washington en la batalla de Princeton, en una pose confiada que auguraba un final feliz a los padres de la revolución norteamericana. Para entonces, corría el año 1777, la corona española llevaba más de un año ayudando a las tropas coloniales mediante el envío de alimentos, dinero y uniformes para luchar contra las tropas británicas. De tapado, eso sí. El apoyo oficial de España a las colonias de Norteamérica llegaría en 1779 con una declaración de guerra a Inglaterra, de la mano de la aliada Francia, país también clave en la independencia de las colonias de la corona británica y que históricamente se ha llevado todo el crédito por la ayuda ofrecida a los americanos.

La muestra contribuye a romper este mito, como señala Eduardo Garrigues, consejero para Asuntos Hispanos del Ministerio de Asuntos Exteriores de España: "en muchos libros de historia la contribución española a la Revolución Americana ha sido ignorada o subestimada, pensando que España sólo jugó un papel secundario con respecto a Francia en este conflicto internacional, pero Francia había perdido la mayoría de sus territorios americanos en la guerra anterior con Inglaterra, mientras que España aún controlaba amplios territorios tanto en Norteamérica como Suramérica. Los líderes de la Revolución Americana afirmaron que sin el apoyo financiero y militar de España, el resultado de esta guerra pudo haber sido diferente."

La exposición es además una prueba de acertada colaboración entre el Smithsonian Institute, la entidad estadounidense de mayor peso en el panorama cultural de Washington, e instituciones españolas, como el Seacex —Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior— y la Fundación Consejo España-Estados Unidos. Juntos han logrado que se divulgue un mensaje poco asimilado entre la mayor parte de la población norteamericana. Como indica Pilar O'Leary, directora del Centro Latino Smithsonian "pocos americanos saben que los hispanos han jugado un papel importante en este país desde sus orígenes. El hecho de que hubiese hispanos luchando



junto a los americanos de ascendencia inglesa para obtener la independencia de Gran Bretaña, por ejemplo, a menudo no se enseña en las aulas de los colegios ni en los libros de historia actuales. Esta exposición llama la atención sobre el papel histórico y las raíces de los hispanos en los Estados Unidos."

La exposición es al mismo tiempo una interesante colección de admiraciones mutuas entre hombres nacidos a distintos lados del Atlántico, como la que se dio entre Benjamin Franklin -enviado en 1776 por el Con-

greso norteamericano a Francia para firmar los tratados de ayuda con Francia y España- y el Conde de Aranda, embajador español en París y ferviente defensor de la causa independentista de las colonias británicas. O el respeto intelectual entre el mismo Franklin y el Conde de Campomanes, ilustrado mediante la correspondencia que ambos mantuvieron y las invitaciones mutuas a formar parte de selectos círculos del conocimiento de la época.

Parte del mérito de la exposición reside en la atención prestada a las historias personales de hombres -ilustres de mayor o menor rango, pero todos ellos curiosos a los ojos del visitante- que protagonizaron estos años de intercambio político, militar, cultural y comercial entre España y Estados Unidos.

Es el caso de Joseph Marion Hernández, hijo de inmigrantes menorquines, que permanece en la historia como el primer miembro hispano del congreso de EE UU. O el caso de José Bonaparte, que perdido el reinado de España en 1813 y tras un corto paso por Francia, residió en Nueva Jersey bajo el nombre de Conde de Survilliers. Su retrato, firmado por Charles Willson Peale, presenta a un "Pepe Botella" vestido con atuendo negro, extremadamente sobrio y al más puro estilo cuáquero, quizá en un esfuerzo por adaptarse a las costumbres del país que lo acogió durante 17 años.

También la vocación europeísta de la dinastía borbónica queda reflejada en la muestra, como lo señalan los retratos de europeos enviados por la corona española a tierras americanas, como el geógrafo alemán Alexander von Humboldt -cuyo talento científico recibió la admiración de Carlos IV y Thomas Jefferson- el militar flamenco Teodoro de Croix -que llegó a ser virrey del Perú- y el italiano Alejandro Malaspina, éste con peor suerte, ya que de regreso de las Américas denunció a la corona la situación política en las colonias; loable iniciativa que lo llevó a la cárcel, primero, y a ser deportado a su país en 1802.

De las paredes de color gris claro de la exposición cuelgan cuadros que invitan a la reflexión y al inevitable ejercicio de proyectar

pensamientos de hoy sobre imágenes de otra época. Se maravilla uno al descubrir que al menos tres de los presidentes norteamericanos retratados en la exposición -John Adams, James Monroe y John Quincy Adams- tuviesen en común el haber desempeñado cargos diplomáticos en Europa -principalmente en Francia- antes de ejercer su mandato como presidentes de los EE UU. Tienta pensar que ése fuese el perfil ideal de los candidatos a la presidencia en aquella época: hombres ilustrados, con mundo a sus espaldas, sin miedo a exponerse a realidades dis-

tintas a las de su país y madurados tanto dentro como fuera de sus fronteras antes de asumir responsabilidades presidenciales. Los rostros y las vidas de estos primeros presidentes de Estados Unidos invitan a

La exposición ilustra la influencia de la cultura hispana hasta 1848

cuestionar el concepto de evolución de la especie -de la especie presidencial, claro-. Sorprende que esta vocación por conocer el mundo y quienes lo habitan fuese la tendencia hace 200 años, en claro contraste con una actualidad presidencial tan corta de miras, tan local, tan ranchera.

Llegamos al final de la exposición y por fin damos con él, con Carlos III, sonriente y con esa cara de cerilla dividida por una prominente nariz, tal y como lo inmortalizó su pintor de corte, Antón Raphael Mengs. Confirmamos que la salida era la entrada y viceversa, pero no importa, dejamos que sea Carlos III quien nos despida. El paseo por la exposición lo ha señalado a él como iniciador y principal artífice de esta ayuda transatlántica.

La falsa salida nos sitúa frente a una sala que alberga otra exposición, de época bien distinta, mucho más cercana en el tiempo. Su nombre: "La presidencia y la guerra fría". Bajo el cartel del título, una fotografía de grandes dimensiones nos muestra a John Fitzgerald Kennedy de espaldas, de pie, apoyado sobre la mesa de su despacho, la cabeza baja, casi escondida entre unos hombros alicaídos. Es la imagen de la preocupación y de la soledad en las vertiginosas alturas del poder. "Un presidente que se preocupa por evitar una guerra", pienso. Cuándo tocará otro de esos. ●



Carlos III ayudó, durante el siglo XVIII, a las colonias británicas en América para su independencia.